

Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social. Barcelona: Ediciones Pasado y Presente, 2013.

Neil Davidson

Por Pablo García.

FFyL- Universidad de Buenos Aires

En *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, el sociólogo escocés Neil Davidson se propone una tarea enorme. Reconstruir el concepto de *revolución burguesa* desde lo conceptual y desde lo histórico. Para eso hará un detallado repaso por las discusiones entabladas por los protagonistas de estas revoluciones y por los que las analizaron posteriormente. Estudiará el origen del concepto, su uso en manos de los iniciadores del materialismo histórico así como también entre sus sucesores de la Socialdemocracia de fines del siglo XIX. Davidson también prestará atención a un momento para él clave, la Revolución Rusa, y a sus derivaciones. Por un lado al estalinismo como una forma de alejamiento de la discusión teórica y su conversión en una ortodoxia donde cualquier cuestionamiento resultaba inadmisibles; las críticas realizadas a esa ortodoxia por parte de académicos *revisiónistas*; y los intentos de volver a la teoría sin caer en el esquematismo estalinista ni en el revisionismo. Finalmente, lo que le interesará a Davidson será, desde un principio, definir qué lugar ocupa en la actualidad la discusión de las revoluciones burguesas en la búsqueda de una salida política desde el punto de vista de la clase obrera y la izquierda.

Como se ve, el trabajo de Davidson resulta un libro de gran riqueza y complejidad que desenvolverá a lo largo de más de novecientas páginas (más otras doscientas de notas y bibliografía) todas estas cuestiones con una notable erudición.

Dividido en cuatro partes, el libro presenta una primera sección dedicada a lo que el autor denomina la *prehistoria* de la idea de *revolución burguesa* (capítulos 1 a 7) en la cual hace un recorrido por la época moderna a partir del pensamiento de teóricos como Maquiavelo, Hobbes o Locke, los fisiócratas franceses y la *escuela histórica escocesa*,

pasando por los intelectuales que vivieron y analizaron las revoluciones inglesa, norteamericana y francesa y el posterior abandono de la teoría ante la amenaza de una continuidad revolucionaria desde el movimiento obrero: “En aquellas nuevas circunstancias que la burguesía había creado, cualquier concesión a la idea de que en el pasado se habían requerido revoluciones de clase para la transformación social se entendía cada vez más como un alienato peligroso a la idea de que también eran necesarias en el presente” (p. 169).

En una segunda parte (capítulos 8 a 14) Davidson examina el surgimiento del concepto *revolución burguesa* y su teorización por parte de Marx y Engels a partir del año 1847 enfocándose en el ejemplo de la Revolución Francesa. Aunque lo más interesante de esta parte del análisis es la discusión acerca del por qué de dicha teorización. Davidson muestra cómo los fundadores del materialismo histórico estudian la *revolución burguesa* conceptualmente en paralelo a la *revolución proletaria*, colocando a la clase obrera como la nueva clase social revolucionaria.

El libro muestra en este punto cómo Marx y Engels piensan el pasado en función de los problemas presentes y como un ariete para intervenir en ellos. Es la anatomía de la revolución proletaria la que permite pensar la de la *revolución burguesa* (y no al revés), así como más tarde será el análisis del capitalismo de Marx el que permitirá pensar la lucha de clases o el funcionamiento de modos de producción anteriores. Davidson afirma que con el descubrimiento del proletariado como clase revolucionaria, Marx y Engels extienden el concepto de “revolución social” a la burguesía: “...el punto de vista del proletariado les permitió entender el papel de la burguesía de una forma que les había sido negada a los propios pensadores de la burguesía” (p. 199).

A partir de esta situación, y con la experiencia de las revoluciones de 1848, Marx y Engels dejarán definitivamente de pensar en la burguesía como una clase capaz de derrocar al absolutismo y pondrán todas sus esperanzas y energías en la clase obrera, lo que constituye según Davidson el origen de la teoría de la *revolución permanente*, más acabadamente desarrollada en la *Circular a la Liga Comunista* de 1850.

En este punto el autor también estudia la evolución del propio marxismo en relación a la discusión sobre la *revolución burguesa*, deteniéndose en la diferencia existente entre los socialdemócratas; por un lado Kautsky y Plejanov, que concebían el desarrollo histórico de forma esquemática, y por otro Lenin, Connolly, Luxemburg o Trotsky, quienes realizaban análisis dialécticos. Así, mientras los primeros interpretaban el “Prólogo” a la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx de manera tal que la historia era concebida como una sucesión universal de modos de producción cada vez más desarrollados (evolucionismo), y donde cada país debía recorrer la misma pauta de desarrollo (etapismo), los segundos pensaban la historia como un proceso donde las circunstancias heredadas y la actividad humana eran relativamente más flexibles y posibles de influir-se mutuamente.

El problema cobró profundidad a la hora de debatir el caso ruso, ya que allí sería clave entender cuál era el papel del capitalismo, de la burguesía y del proletariado para poder adoptar la estrategia política adecuada. Mientras los mencheviques sostenían que la revolución pendiente en Rusia debía tomar un carácter burgués y ser encabezada por esa clase social, Lenin sostenía que la burguesía era incapaz de llevarla a cabo, por lo que ésta debía realizarse mediante la *dictadura democrática de obreros y campesinos*. Por su parte Trotsky afirmaba que la dictadura democrática sólo triunfaría bajo una dictadura del proletariado con apoyo del campesinado, pero no sería una revolución burguesa, sino una revolución que realizaría tareas burguesas y socialistas simultáneamente. El

análisis de Davidson hasta el año 1917 resaltarán las conclusiones a las que arribaron los revolucionarios en los albores del proceso de Octubre.

Lenin planteará que las revoluciones burguesas cumplían el papel de transformación del Estado para facilitar el desarrollo capitalista, pero no tenían por qué ser dirigidas por la burguesía, lo que rompía con la lógica esquemática de los mencheviques. A esto debe sumarse el aporte de Trotsky, quien desde 1905 planteaba que la burguesía era incapaz de ser consecuente en su lucha contra el absolutismo, debido al peligro que representaba el desarrollo de la clase obrera. Esta última podía avanzar hacia el socialismo saltando etapas, pero a condición de un proceso revolucionario internacional que la ayudara a superar el atraso local. Estas dos posiciones van a coincidir en la práctica en 1917.

Los problemas que debió enfrentar la revolución posteriormente se reflejaron en la discusión teórica y el consiguiente ascenso de Stalin marcó el inicio de una ortodoxia que tenía como fin justificar las posiciones tomadas por la burocracia gobernante en la URSS, para lo cual se dedicaba a amoldar los hechos a ideas preconcebidas, discusiones de citas o de terminología que en lo específico de la discusión del libro, tendrá como consecuencia la adopción de la teoría de la *revolución por etapas* y la crítica al internacionalismo marxista acusándolo de “trotskismo”.

Estas discusiones sin embargo, más que una cuestión teórica eran una cuestión de práctica concreta. El internacionalismo complicaba la posición de la burocracia estalinista y su concepción del socialismo en un solo país. Así la ortodoxia pasará a usar el concepto de *revolución burguesa* como un arma ideológica contra la revolución proletaria, como plantea Davidson, incluso en casos donde la revolución proletaria ya había comenzado, como en China en 1925 o en España en 1936, dos casos donde el internacionalismo estalinista va a llamar a los revolucionarios a limitarse a luchar por los objetivos de una etapa *democrático-burguesa* (pp. 382, 383).

Finalmente Davidson va a mostrar los intentos de desarrollar la teoría de la *revolución burguesa* de manera alternativa al estalinismo en las figuras de Trotsky, Gramsci y Benjamin. León Trotsky complementando la teoría de la revolución permanente y concluyendo que ya no era necesaria una etapa democrático-burguesa en el mundo colonial y semicolonial gracias al *desarrollo desigual y combinado*; Antonio Gramsci, que partirá del concepto de *revolución pasiva* —o revolución burguesa sin revolución—, refiriéndose a casos donde habían ocurrido cambios en dirección al desarrollo capitalista “desde arriba” (como Alemania o Japón) donde la clase dominante ya no podía ser revolucionaria debido a la existencia de una considerable clase obrera. Por último, Walter Benjamin quien planteaba que desde 1830 la burguesía ya no tenía nada que dar a la revolución por lo que él apuesta a la revolución proletaria, a la que consideraba como históricamente posible y necesaria. Esta concepción también rompía los moldes *etapistas* del estalinismo.

Ya en la tercera parte del libro (capítulos 15 a 19) Neil Davidson hace un recorrido por las interpretaciones de la revolución burguesa que tuvieron su auge en la posguerra. Por un lado los *revisionistas*, quienes desde interpretaciones contrarias al marxismo intentan negar la “necesidad” histórica de una revolución proletaria. En sus análisis ocultarán que la misma burguesía estableció su régimen por vías revolucionarias. Así, a partir del análisis de las revoluciones inglesa y francesa, afirman como conclusión que si los revolucionarios no eran burgueses, entonces no se puede hablar de revolución burguesa; más aún que para estos casos no podemos hablar siquiera de revoluciones sociales, sino simplemente de revoluciones políticas con una influencia menor; y finalmente, en el

caso puntual de Francia, como allí existía un cierto desarrollo del capitalismo anterior a 1789, la revolución no habría dado origen a dicho sistema. Estas son las coordenadas generales de intelectuales como Trevor Roper, Alfred Cobban, François Furet y Denis Richet, entre otros, aunque según Davidson estas críticas a la teoría de la revolución burguesa no ofrecen ninguna teoría alternativa que explique el período satisfactoriamente.

Surgirán otras interpretaciones que cuestionarán la ortodoxia estalinista, pero cediendo en muchos aspectos ante el revisionismo. Autores como Immanuel Wallerstein y Robert Brenner terminarán diluyendo el concepto transformándolo solo en un elemento político o inscribiéndolo dentro de procesos de larga duración que van a quitar a la categoría de *revolución burguesa* cualquier capacidad explicativa, por ejemplo, afirmando, como los *revisionistas*, que los terratenientes feudales se *autotransforman* en capitalistas por su propia voluntad en todo el “moderno sistema mundial” (Wallerstein) o que el capitalismo es producto de la lucha de clases en el campo inglés (Brenner), pero en los dos casos *antes* del período de las *revoluciones burguesas*, por lo que estas serían irrelevantes para dar cuenta del origen del capitalismo.

Otra respuesta al revisionismo será lo que el autor llama *consecuencialismo*, que defiende la teoría de la revolución burguesa y la define no por quién la lleva adelante ni por los objetivos conscientes de los revolucionarios, sino por si cumple con el papel de despejar las amenazas y restricciones al desarrollo capitalista. Esta posición, ligada a líderes trotskistas o cercanos al trotskismo, será defendida también por el autor, quien plantea que aunque existiera el capitalismo *antes* de las revoluciones, éstas eliminaron a los Estados absolutistas, principales obstáculos para su desarrollo pleno. La revolución puede ser burguesa aunque no la lleve adelante la burguesía si como resultado se establecen las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo. En este punto Davidson desentraña un punto importante. Las revoluciones burguesas no tienen la misma lógica que las proletarias y, en consecuencia, mientras es posible que una clase no específicamente capitalista realice la revolución burguesa, la revolución proletaria solo puede realizarse si la realizan los trabajadores, quienes para tal tarea se encuentran en mejores condiciones que otras clases explotadas en el pasado (esclavos, siervos) por su capacidad para actuar colectivamente y representar, a diferencia de la burguesía, un sistema alternativo que no necesita de la explotación de otra clase. Al afirmar que solo los trabajadores pueden llevar a cabo la revolución proletaria, Davidson discute con Isaac Deutscher, representante de la posición *consecuencialista*, pero que en su análisis pone como equivalentes exactas a las revoluciones burguesas y proletarias. En consecuencia, si las primeras pueden ser hechas por grupos no burgueses, en el caso de las segundas éstas podrían hacerlas grupos ajenos al proletariado. Esta es la base lógica que según Davidson lleva a Deutscher a aceptar a un sujeto ajeno a la clase obrera (la burocracia estalinista) como el grupo que podía llevar a la URSS al socialismo.

Por último, en la cuarta parte (capítulos 20 a 22), Davidson hablará de la especificidad de las *revoluciones burguesas* y del papel que fueron cumpliendo a lo largo del tiempo. Analizará las diferentes revoluciones mostrando las características puntuales según fueran pioneras en la lucha contra el absolutismo o si se desarrollaron cuando ya existían estados burgueses asentados sólidamente, mostrando que la mayoría de las revoluciones se hicieron “desde arriba”, en parte como producto del triunfo de la moderada Inglaterra sobre la jacobina Francia en el escenario internacional. Al final de este apartado, Davidson señala que con la formación de una economía mundial capitalista a mediados del siglo XIX, ya no era necesario realizar revoluciones burguesas para consolidar el desarrollo capitalista en los países donde aún no lo había hecho. Y con el adve-

nimiento de la primera revolución socialista triunfante de la historia, Davidson plantea que se llega al fin de la era de las revoluciones burguesas como revoluciones necesarias aunque en muchos casos a lo largo del siglo XX, se siguieran realizando como un desvío de la revolución socialista producto de la influencia de la URSS estalinista.

El libro de Davidson es un análisis que muestra la vigencia de la revolución proletaria como alternativa para un verdadero cambio social. Esta alternativa no pasa por la estrategia estalinista que dominó gran parte del siglo XX, con apoyos a burguesías nacionales como forma de completar la revolución (democrático) burguesa, ni por estrategias reformistas como la actual "Podemos" en España que solo concluyen en la continuidad de un régimen social de explotación.

El autor realizó una obra muy sólida que no escapa a ninguna discusión y en la cual agota cada tema, que trata con gran conocimiento en la materia. Esta reseña se convierte así en una apretada síntesis de las principales líneas del libro de Davidson. Tratar detalladamente todos los temas implicaría una extensión mucho mayor. Pero después del repaso que hicimos podemos decir que el libro constituye una obra clave de la historiografía, importante para la discusión teórica del presente y en especial, como defiende el autor, como forma de clarificación en la búsqueda de una salida socialista contra el capitalismo.